1. INTRODUCCIÓN. LA REVOLUCIÓN ROMANA DE 1849: UN AURA DE MISTICISMO QUE AÚN EMPAPA EL CONSTITUCIONALISMO ITALIANO

La mañana del 9 de febrero de 1849, Roma, una vez más, se convirtió en el centro del universo. En el preciso instante en el que Giuseppe Galletti, presidente de la Asamblea constituyente romana, leyó el Decreto Fundamental de la República desde el balcón del Palazzo Senatorio, el clima político de Italia y de Europa mutó de forma radical. Porque es evidente que el bienio que se abre con el año 1848 representó uno de los momentos cruciales de la historia europea, pero la revolución y la consiguiente entrada en escena de los Estados Pontificios (pese a la evidente e inevitable derrota) dieron un espaldarazo a los postulados del liberalismo y a los anhelos de una Italia unida en torno a la Ciudad Eterna, faro de la península italiana desde que sus míticos fundadores se amamantaron de la Luperca.

Es esta una historia que no deja indiferente a nadie, especialmente al saber que en pleno siglo XIX un Papa tuvo que poner pies en polvorosa y dejar atrás el Vaticano ante la incertidumbre y los posibles peligros que comenzaron a rodear a su persona. Es, como digo, una historia que llevó a un Papa a la huida (disfrazado para no ser reconocido y no correr la misma suerte que Luis XVI en su intento por abandonar Francia apenas 60 años atrás), implicó a diplomáticos de potencias extranjeras, tales como España o Francia, intentando ganarse el favor del

Papa, la entrada en escena de un revolucionario como Giuseppe Mazzini*, y de un futuro referente de la unificación italiana como fue Giuseppe Garibaldi**, y, sobre todo, una historia que condujo a la participación de un pueblo romano que se entusiasmó con el objetivo revolucionario y con la posibilidad de crear un nuevo sistema que dejase atrás siglos de teocracia y control papal, dando así paso a un reconocimiento pleno de las libertades civiles e incluso a la conquista de ciertos derechos sociales.

Estas páginas tienen como objetivo preferente transmitir de modo accesible qué ocurrió en Roma durante aquellos días que conmocionaron al mundo en general y a los católicos en particular. Roma se convirtió en una vorágine democrática en la que el pueblo se cansó de las vacilaciones de Pío IX, quien no dudó en dar marcha atrás a las tímidas reformas que inició cuando fue consciente de que el liberalismo, que según el Párroco de San Cándido era igual al Anticristo, podía engullirlo para siempre. Porque aquellas semanas que sacudieron Roma convirtieron a la capital italiana en un centro político en ebullición, con una constante actividad parlamentaria que buscaba satisfacer a un pueblo que volvía a estar constituido en forma de República.

Es por ello que en este estudio se irá haciendo referencia a muchos de los documentos de este periodo, tales como leyes,

* Giuseppe Mazzini, nacido en el año 1805, fue un periodista y político genovés que desarrolló por primera vez un programa revolucionario nacionalista italiano. Sus ideas fueron clave en el surgimiento y el desarrollo del *Risorgimento*, pero con el avance de este y el fortalecimiento de la figura de Camilo Cavour, fue poco a poco postergado a un segundo plano. No obstante, Joven Italia (organización por él fundada) fue la primera en formular la idea de la unificación italiana, enlazando liberalismo y nacionalismo, con la idea de que todos los territorios peninsulares que estuviesen gobernados por potencias extranjeras o por gobiernos absolutistas pudieran liberarse de sus cadenas y caminar hacia una Italia unida.

** Giuseppe Garibaldi nació en 1807 y pasó a la posteridad por ser un militar, revolucionario y político italiano, llegando a convertirse, junto al Rey Víctor Manuel II y Camilo Cavour, en uno de los referentes principales de la unificación italiana.

decretos y proclamas que, traducidos y editados, pueden encontrarse en el anexo, todos ellos testimonio de la gran actividad legislativa (pese a las circunstancias) que se desarrolló durante aquellas semanas a orillas del Tíber. Sin embargo, la joya de la corona, y permítase esta licencia pese a lo muy republicana que se irguió esta nueva Roma, no es otra que la Constitución promulgada por la Asamblea constituyente romana. Dicha carta magna se aprobó el día antes de que la ciudad capitulara y de que las tropas del General Oudinot entraran en Roma, pero este estudio, así como otros tantos que lo preceden, son la viva muestra de que, pese a la fugacidad de la experiencia republicana romana, su Constitución pasó a la historia como un testamento político que recuerda lo que aquellos revolucionarios romanos fueron capaces de conquistar, aunque solo fuese durante algunos días.

Y es que es innegable que tanto la propia revolución romana como la Constitución que surgió de la misma se encuentran envueltas desde su proclamación y, sobre todo, desde su pronta y abrupta caída, por un halo mítico que, no solo funcionó como un impulso sentimental para los protagonistas del Risorgimento*, sino que sigue presente en la cultura constitucional italiana; no en vano, la Constitución romana de 1849 ha sido considerada como un punto de origen de la tradición democrático-republicana de Italia.

De hecho, para los constituyentes que tomaron parte en la elaboración de la Constitución italiana de 1948 (fue aprobada el 1947 pero entró en vigor el 1 de enero de 1948, cumpliéndose así cien años entre ambas cartas), la Constitución romana no solo funcionó como un elemento simbólico de tremenda importancia desde la significación histórica y política, sino que, además, fue un referente constitucional desde la perspectiva

* El *Risorgimento* fue un proceso político-cultural, con innegable influencia liberal, que se fundó sobre la idea de nación y tuvo como objetivo la construcción de un Estado italiano.

ética y cultural, así como una fuente de inspiración para algunos de los diputados que tomaron parte en la labor constituyente de la Italia de posguerra.

De este modo, para una mayor comprensión de los sucesos que aquí se van a narrar, este modesto estudio partirá de los previos a la proclamación de la República romana, con referencias a los primeros años del papado de Pío IX y sus supuestos acercamientos al liberalismo, los cuales quedaron más que cercenados con el asesinato de Rossi, sobre el que también se hablará. Se estudiará asimismo la huida del Papa a Gaeta y la ulterior toma de poder por parte del pueblo, que mediante el Círculo popular y la Asamblea constituyente fue dando forma (utópica, pero forma, al fin y al cabo) a la nueva República que debía regir sobre los romanos y ser faro del *Risorgimento* italiano.

Se analizarán las diversas medidas tomadas tanto por la Asamblea como por el Triunvirato al que se le encomendó el poder ejecutivo y del que Mazzini formó parte, aunque será evidente para el lector que todos los procesos políticos y legislativos que se desarrollaron durante este periodo lo hicieron a la sombra de la guerra y la lucha contra el invasor, momento en el que Garibaldi dio buena muestra de los conocimientos bélicos y de maniobras de guerrilla adquiridos en las revoluciones latinoamericanas.

Como ya se ha adelantado, el documento más importante de los que aparecen en el anexo no es otro que la Constitución republicana de 1849, de manera que se analizará su elaboración, su contenido y su encaje en el constitucionalismo liberal, del que sobresalió por la inclusión de algunas medidas de carácter social que tardarían prácticamente un siglo en volver a estar presentes en los textos constitucionales europeos.

Finalmente, las últimas páginas, más allá de la reflexión conclusiva, serán destinadas al estudio del fin del sueño republicano. La ofensiva de las potencias extranjeras, unida a la debilidad defensiva de una República con la que Garibaldi no pudo

hacer milagros, desembocó en la entrada de las tropas francesas en las calles romanas, poniendo fin a la experiencia democrática más intensa que se había vivido en la península italiana hasta el momento, y devolviendo a Pío IX a su trono. La legislación aprobada por los revolucionarios cayó en saco roto y la Constitución, que no estuvo vigente más de dos días, quedó grabada en el imaginario colectivo, pero sin poder vertebrar la vida de los italianos. No obstante, la reinstauración papal fue el principio del fin, pues la mecha del *Risorgimento* ya había sido encendida, y la inclusión de Roma y la Lazio en el Reino de Italia, con la consiguiente pérdida de poder del Papa, no fue más que una cuestión de tiempo.

2. PÍO IX, LIBERAL, PERO NO MUCHO

Giovanni Maria Battista Pellegrino Isidoro Mastai Ferretti, conocido popularmente como Pío IX, se convirtió en el Papa número 255 de la Iglesia católica sin ser consciente de que pasaría a la posteridad como el último soberano de los Estados Pontificios. Llevó la tiara papal durante 31 años y medio, el segundo pontificado más largo de la historia (el primero si no se tiene en cuenta el papado de San Pedro, más envuelto en mística que en datos fehacientes), pero mientras su llegada a la Basílica de San Pedro tuvo lugar en el contexto de unos Estados Pontificios soberanos, su muerte acaeció cuando Roma y el Lazio ya formaban parte del recientemente constituido Reino de Italia.

Su predecesor, Gregorio XVI, fue tildado por los historiadores del *Risorgimento* como un Papa reaccionaro, mientras que Pío IX, en un primer momento, intentó ofrecer una imagen distinta. Este no era ciego ante el ambiente que se respiraba en Italia en junio de 1846, cuando la fumata blanca lo eligió como sucesor de San Pedro, y así lo mostró, llegando a granjearse una fama que, ante políticas emprendidas posteriormente, se le volvió en contra de forma absoluta. Pío IX era consciente de las aspiraciones nacionales del pueblo italiano, y no dudó

en mostrar su postura ante sucesos como la sorpresiva toma de Ferrara por parte del Imperio Austriaco. La crítica a situaciones de este tipo, diametralmente opuesta a las reacciones mostradas por Gregorio XVI durante su papado, provocó que buena parte del pueblo italiano creyese que el Papa se adhería al nuevo nacionalismo italiano.

De hecho, este tipo de actitudes provocó que los gritos de *¡Viva Pío Nono!* se hicieran comunes entre las masas italianas, llegando incluso a ser inmortalizado en algunos cuadros en los que aparecía de la mano de Libertad*. No obstante, la verdadera postura de Pío IX estaba muy lejana de ser la del libertador de la patria italiana, tal y como quedó de manifiesto con su primera Encíclica, denominada *Qui pluribus*. Fue redactada por el Cardenal Lambruschini, que no era otro que el antiguo Secretario de Estado de Gregorio XVI. En ella, que trataba la relación entre la razón y la fe, no dudó en criticar los excesos del liberalismo relgioso, «ese espantoso sistema de indiferencia que elimina toda distinción entre el vicio y la virtud, la verdad y el error», que además intentaba aplicarse al catolicismo, «como si esta religión fuese la obra de los hombres y no de Dios». Igualmente reafirmaba las condenas del racionalismo, el fideísmo y el liberalismo político, al mismo tiempo que condenaba por primera vez «la nefanda doctrina del comunismo, contraria al derecho natural, que, una vez admitida, echa por tierra los derechos de todos, la propiedad, la misma sociedad humana».

Por lo tanto, la supuesta cercanía al liberalismo por parte de Pío IX no era tal, pero entre el pueblo se extendió la idea de que el nuevo Papa no dudaría en ponerse a la cabeza del nuevo movimiento nacionalista y liberal que se estaba extendiendo a lo largo y ancho de la península itálica. Sin embargo, las actitudes de Pío IX, que bajo ningún concepto podía aceptar

* Por ejemplo, existe un grabado de la época elaborado por Sayetti en el que Pío IX aparece representado como liberador de Italia, a la cual despoja de sus cadenas.

los postulados liberales, así como aquellos que implicaban una Italia unida y el consecuente fin de la soberanía pontificia, no fue más allá de un paternalismo religioso que, si bien veía con buenos ojos la adopción de algunas medidas de carácter administrativo, nunca aceptaría reformas de calado constitucional que implicasen, entre otras cosas, la introducción de elementos laicos en el gobierno del Vaticano. La idea del Papa liberal que venía a ponerse a la cabeza del *Risorgimento* italiano fue así rápidamente desechada, de tal modo que, aquellos sectores moderados que vieron en Pío IX una oportunidad de cambio político, no tardaron en perder la esperanza y aliarse con sectores más radicales. La exasperación de los moderados es lógica si se presta atención a las medidas tomadas por Pío IX, quien, por citar un ejemplo, había creado una *Consulta*, también conocida como *Consejo de los veinticuatro notables*, con capacidad para deliberar en lo referente a las materias legislativas, administrativas y militares, aunque bajo la advertecia de que el nuevo organismo —en consonancia con su nombre— no tendría más que un papel meramente consultivo.

Pero si el comportamiento de Pío IX mostró algo más que tibieza en lo referente a las reformas liberales, su actitud respecto de la construcción de la nación italiana no fue muy diferente. En un contexto en el que Sicilia se levantó contra el absolutismo borbónico y en el que la sublevación antiaustriaca del norte de Italia comenzó a cobrar fuerza, el Papa se mostró favorable a la creación de ciertos lazos entre los diferentes territorios italianos, sobre todo en relación al conflicto con el Imperio Austriaco. De este modo, no dudó en adherirse a aquellos postulados que propugnaban una disminución del poder austriaco en el norte de la península, pero siempre desde una perspectiva pacífica que permitiera reconfigurar el mapa europeo. Así, fue partidario de las negociaciones iniciadas en 1847 para el establecimiento de una liga aduanera con Toscana y Piamonte, al mismo tiempo que había aceptado con entusiasmo la propuesta de unir en una liga defensiva a los diferentes

territorios italianos. Mas pese a su apoyo a los movimientos que supusiesen una disminución de la influencia austriaca en el norte de Italia, nunca llegó a apostar por una política que provocase una unión política de todos los Estados italianos.

Alocuciones como la del 10 de febrero de 1848, en la que no dudó en remarcar que durante épocas de grandes conquistas Roma se había erigido como centro de religiosidad, evitando así la ruina de la península italiana, provocó pensamientos contradictorios en aquellos que observaban con atención e incertidumbre la dirección de las políticas papales. «¡Bendecid, pues, oh Dios Omnipotente, a Italia, y conservadle este don preciado: la fe!». Esta frase de Pío IX en relación a la idea de Roma como centro espiritual y salvador frente a las invasiones extranjeras pasaría desapercibida si no fuese porque entraba en conflicto con los planteamientos de Klemens von Metternich, canciller del Imperio Austriaco desde 1821, para el que Italia no era más que una expresión geográfica. De esta forma, con sus palabras, Pío IX ponía en entredicho la postura respecto de Italia del que fue el canciller austriaco hasta que tuvo lugar la revolución de Viena en marzo de 1848.

Aquella revolución no solo tuvo como consecuencia la dimisión de un Metternich que se vio incapaz de sostener el absolutismo, sino que fue acompañado, entre otros, del levantamiento de la región de Lombardía, la cual pronto recibió el apoyo del gobierno piamontés. Del mismo modo que el Piamonte no dudó en unirse a la lucha contra el invasor austriaco, las palabras y las actitudes mostradas por el Papa hasta el momento hicieron pensar al pueblo italiano que Pío IX se solidarizaría con sus hermanos italianos y se uniría a la guerra. En ese sentido, el arzobispo de Florencia no dudaba en rogar a Dios «por el triunfo de la causa italiana», mientras que el de Milán, tras haber dado permiso a sus seminaristas para que se alistaran en los batallones de voluntarios estudiantiles, prometía sin titubeos que la Iglesia cooperaría en la «obra de la liberación completa de Italia».